

noche, en tanto que él estudia, ella borda ó lee á su lado; como ya empieza el gran calor, ahora pensamos salir, al caer la tarde, á dar una vuelta por la hermosa campiña que rodea la ciudad.

Clara, repito mi ruego: escriba usted á Camilo, y pronto, lo más pronto que pueda. El hombre, y sobre todo el esposo, gusta de verse considerado y halagado en su amor propio.

HONORIA.

XXIX

Clara á Camilo.

Madrid, Junio de 18...

Á pesar de que nada me dices en tu última carta, tengo un doloroso presentimiento de que no estás bueno. Cuando se ama como yo á ti, Camilo, el corazón no se engaña.

¿Por qué no vienes ya? El calor ha empezado, y yo no sé si á causa de él y de la tristeza que tu marcha me ha ocasionado, estoy también abatida, me duele la cabeza, y he perdido el apetito y el sueño. Si quisieras venir á buscarme, nos iríamos por una temporadita á uno de esos bellos caseríos de las provincias del Norte, desde los cuales se descubre el mar. No concibo ningún bello paisaje

sin el mar, y, sobre todo, sin tí: aquellas claras y azuladas ondas, y la vista del dilatado cielo, desaparecerán sin duda esta vaga, pero cruel melancolía que me preocupa.

Mamá se vendrá con nosotros, ó se irá por dos ó tres meses al lado de Mérida.

Madrid está insoportable: toda la gente se marcha fuera, y sólo quedan aquí los que se ven obligados por sus destinos ú ocupaciones; pero no creas que esto que te digo encierra una exigencia de mi parte: si no quieres que salga de aquí, no saldré; si lo deseas, iré á reunirme contigo á ese pueblecito, que me parecía tan lindo y agradable cuando fui á él poco antes de nuestro enlace: á mi modo de ver, sólo le falta, para ser encantador, el estar cerca del mar.

Acaso también desees estar ahí solo para meditar alguna de esas grandes obras que concibes, y que luego das al mundo, ya en la forma de un soberbio lienzo, ya de un libro incomparable. Las almas como la tuya, los grandes genios, necesitan á veces el silencio y la soledad, y aislarse de las miserias de la vida.

Yo me ocupo ahora de pintar un cuadrito: ha venido á verme mi maestro del colegio, al que escribí, y se ha quedado asombrado. Verás, es una sorpresa que te preparo; es un retrato, pero hecho de memoria: mi anciano maestro, viejecito filósofo y genio eminente, ha quedado como deslumbrado ante lo que llevo hecho; si no le cono-

ciera y supiera hasta dónde llega su severidad, hubiera creído que me quería adular: me asió las manos, me las besó y me dijo con una efusión verdaderamente paternal:

—¡Hija mía, hija mía! Jamás hubiera sospechado que fuera usted un genio, y lo es.

—¡Qué! ¿Podré hacer algo que valga?—le pregunté.

—¡Que valga! ¡Lo que hay ya hecho en este lienzo vale tesoros! ¡Usted no sabe lo que ha salido de su pincel!

Desde hace dos días que sucedió esto, Camilo, soy más dichosa. Sí: tu esposa tiene la obligación de no ser una mujer vulgar; el afán de valer más á tus ojos me hizo emprender mi obra, y me dije:

—Ha de salir siquiera pasable.

¿Será verdad que yo tenga algún talento? ¿Valdré algo en el mundo de las artes, en este mundo de los hermosos sueños, como le llama nuestra amiga Honoria?

¡Honoria! ¿Sabes, Camilo, que casi me da vergüenza de nombrarla? ¡Qué necia y qué ridícula he sido! Te voy á confesar una flaqueza mía, suplicándote antes que seas compasivo con esta debilidad de mujer.

Al ver que la buscabas con cariño, que preferías á la mía su conversación, concebí celos de ella... Lloré, me desesperé y la acusé de haberme engañado. ¡Pobre Honoria! ¡Engañarme ella! ¡Tan buena, tan leal, tan generosa! Ayer tuve

carta suya, y si alguna duda pudiera quedarme, se hubiera desvanecido.

Pero si he sido culpable en dudar de ti, también, como suele suceder, en la culpa he llevado mi castigo. Cuando vi que te ibas adonde ella estaba; cuando te marchaste á Urrea, donde ella se hallaba ya al lado de nuestra hermana, creí morir de dolor. ¡Camilo, si me faltara tu amor me moriría! ¡Te lo aseguro por la memoria de mi padre!

Pero no, no me faltará. Al contrario, sabré conservarlo como mi único bien. Tú, que eres mejor, más grande, más noble, más generoso que yo, me ayudarás con tus consejos á ser lo que quiero y debo ser para ti.

Ahora sólo deseo verte. Es verdad que he sido tan pequeña, que he necesitado ver que Honoria se iba con nuestra hermana á la ciudad y que tú te quedabas en la aldea para desengañarme; pero ¡qué remedio! Tengo aún pocos años, y no comprendo la grandeza de tu alma y la bondad de la de nuestra amiga.

Hasta que vengas, me entretendré en mi cuadro: ¡qué bueno es el trabajo! ¡Qué amigo tan excelente, y cómo acompaña y consuela en la tristeza!

Cuando pienso que tú verás lo que hago y que tal vez te agradará, mi pincel corre como impulsado por un espíritu benéfico. Ahora estoy iluminando los dos ojos negros más grandes y más hermosos del mundo.

Cada noche y cada mañana rezo á la Virgen de la Esperanza, para que te traiga pronto á mi lado. ¡Ay! ¡es tan triste, después de haberte conocido, el tener que vivir sin ti!...

Cuenta los instantes que puede tardar en abrazarte tu esposa,

CLARA.

XXX

Camilo á Octavio.

Urrea, Junio de 18...

Mi mujer me ha escrito... ¡Y qué carta, amigo mío! Si sabe lo que pasa en mi alma, Clara, al escribirme así, se eleva á una altura á la que jamás hubiera yo creído que pudiese llegar; si está ignorante de todo, es también admirable la mezcla de amor y de inocencia que respira.

Quiero creer esto último: que nada sabe, porque así está mi conciencia más tranquila. ¡Oh, no; jamás me perdonaría el hacerla desgraciada! Sin embargo, antes de ir á su lado, quiero llevar completamente purificado mi corazón; quiero borrar todas las señales que puedan ilustrarla acerca de mi desgracia; y para eso, amigo mío, voy á pretextar un negocio, y pasaré quince días en tu compañía.

La herida de mi alma subsiste abierta: lejos de Mérida, me parece que estoy solo sobre la tierra. Veo, Octavio, el modo tierno é ingenioso con que apelas á mi generosidad invocando el recuerdo de Clementina Lireux: tienes razón. ¡Qué no debo hacer, qué no haré yo por la honra de Mérida! ¡Todo, hasta morir, y te confieso que esto es hoy lo que más fácil me parece!

De toda esta deshecha borrasca de mi alma, tiene la culpa lo miserable que es la sociedad, lo ruines y pequeñas que son todas las mujeres. En vano he buscado toda mi vida una á quien pudiese hacer el grandioso donativo de mi nombre, de mi honor y de mi fe: la más bella era también la más necia y más superficial; la que me parecía grave y modesta, me asustaba con la sequedad de su corazón, con sus instintos profundamente calculistas.

A la vista de Mérida, una voz interior me gritó: —He aquí lo que tú buscabas; he aquí el ideal de la perfección en la mujer.

Alcé los ojos hasta ella, y en aquella cándida faz, en la que aún se descubría la inocencia de la niñez, vi el magnífico sello del talento y el de las dulces y modestas virtudes que embellecen el hogar y la vida de la familia.

Cuando me he acercado á ella, ha crecido mi apasionada admiración.

Yo, Octavio, soy un hombre grave que no sabe alimentarse de quimeras, y he podido apreciar en

Mélida la dignidad unida á la dulzura; la bondad más angelical, la piedad más sincera, el candor más puro, unido al más exacto raciocinio; los más elevados instintos, junto á la práctica de las más humildes virtudes cristianas.

Todo esto, y esa vaga hermosura, ese encanto indecible de la mirada, de la sonrisa, de la sensibilidad, en fin, que se reparte y respira en todas sus facciones, es lo que me subyuga en Mélida. Hay en mí algo de egoísmo, porque este bello ideal de la mujer, convertido en realidad, quisiera que fuese mío; y hay también mucho de desesperación, porque pertenece para siempre á otro.

Y sin embargo, Octavio, no he prorrumpido en quejas impías contra el cielo, y adoro la voluntad de Dios, que me hiere al fin de mi camino. Yo, que tanto bien he hecho en el mundo y que he sido tan mal pagado, no me quejo al ver destruidas todas mis esperanzas con esta cruel palabra:

¡Imposible!

En fin, quiero curarme y me curaré: ¿qué no consigue una firme voluntad cuando va encaminada á una cosa justa?

Clara, á la que profeso hoy un tierno cariño, puede inspirarme una gran pasión: ¿acaso se opone á esto el matrimonio? No: mi razón es sobrado luminosa para que yo pueda enamorarme sólo de los imposibles; amo lo grande, lo bello, lo sublime, dondequiera que lo halle. Clara tiene diez y

ocho años; yo voy á cumplir treinta: ¿no puedo aún hallar la dicha en el matrimonio?

Creo que romperé por todos los miramientos vulgares, y que diré á mi mujer al volver á su lado:

—Heme aquí amando á una mujer que no eres tú; es decir, enfermo del alma: cúrame tú, amiga mía, ya que tienes talento; edúcate para mí y procura serme agradable para que te ame á ti sola; aseméjate á tu hermana; abdica toda idea miserable; sé noble, grande, paciente, resignada; depón toda la altivez, toda la envidia, toda la superficialidad que reina en las mujeres; cultiva tu talento, para ser mi amigo, el compañero de mis viajes, el dulce sostén de mis pesares: yo, en cambio, te ofrezco mi amor entero, y en él hallarás todas las recompensas que merece tu sacrificio.

¿Y por qué no le había de hablar así, Octavio? ¿No es esto más noble que engañarla, teniendo como tiene talento, amándome como me ama? ¿No es más digno que sepa toda la verdad, que fingirla una tranquilidad desmentida por mi turbado sueño, por la palidez de mi semblante?

Dos sentimientos imperan hoy en mi alma y se dividen todo el tiempo que dedico á mis cavilaciones: con la carta de mi mujer entre las manos, me pregunto si sabrá mi amor á su hermana ó si lo ignorará.

Quisiera que lo hubiera adivinado, porque de este modo, además de ahorrarme la confesión que estoy casi decidido á hacerla, formaría de ella un

concepto mucho más elevado del que hasta ahora he tenido: en ese caso, ¡qué sublime, tierna y cristiana es su carta! ¡qué grande y generoso es el corazón que la ha dictado! Para atraerme á ella invoca su amor, y luego, con una candidez encantadora, me habla de un cuadro que está pintando.

«Tu esposa, Camilo—me dice,—tiene la obligación de no ser una mujer vulgar; yo quiero distinguirme en algo; he empezado un cuadro, y he enviado á buscar á mi maestro para que lo examine; el pobre viejo ha quedado absorto y me ha abrazado con entusiasmo: dice que es magnífico, y que no pensaba que yo pudiera hacer una cosa tan buena.»

Mucha fuerza de voluntad, mucho valor se necesita para hablar así, con el alma lacerada: no puedo creer que Clara la tenga, y, por lo tanto, se me figura que lo ignora todo. Sea como quiera, su carta ha sido un bálsamo que ha refrescado todas mis heridas. ¡Cuánto puede una mujer tierna y generosa! ¡Qué encantadora es cuando verdaderamente ama! ¿Querrás creer, Octavio, que tengo un gran deseo de ver su cuadro? ¿Será tan hermoso como ella supone?

¡Feliz yo si he podido elevar, con el influjo de mi recuerdo, el alma de mi Clara, dándole las alas del genio y abriéndole las puertas del trabajo, una de las mayores felicidades de la vida! Al menos, la mía no habrá sido estéril, y la iniciaré en una senda más gloriosa que las que reco-

ren, consumidas de fastidio, las mujeres de su clase.

Mañana salgo para reunirme contigo; y luego, ó llamaré aquí á Clara, ó iré á su lado.

CAMILO.

XXXI

Clara á Octavio.

Madrid, Junio de 18...

Una mujer desgraciada, una esposa infeliz, una madre que sufre mucho, acude á usted, señor Duque, implorando su generosidad.

No le pido que me perdone la libertad que me tomo al escribirle: he oído hablar tantas veces á mi marido de su nobleza, de su hidalguía, que no dudo disculpará el paso que doy.

Adjunta es una copia de una carta que me han dirigido: la ha escrito la Marquesa de Montemar, y, como verá, en ella se acusa á Camilo de amar á mi hermana; otras noticias más fidedignas me han confirmado después esta desgracia. Ayer escribí yo á mi esposo, pero sin darle á entender que sé su fatal secreto, llamándole cerca de mí, con todo el cariño y suavidad que he podido ha-

llar á través del inmenso dolor que llena mi alma.

Pero yo no sé si á causa de la terrible violencia que me he hecho, se irritaron mis nervios, porque he pasado una noche cruel: he pensado que era madre, y que el porvenir de mi hijo merece algo más de lo que he hecho, y me he decidido á escribir á usted para que me diga el estado del corazón de mi marido.

¿Es incurable la llaga que hay en él? ¿He llegado á ser á sus ojos un motivo de hastío ó de desdén? ¿Debo perder toda esperanza?

Por Dios, le suplico que me responda la verdad: por triste, por amarga que sea, no me sorprenderá lo que me diga. Sé que no se casó enamorado de mí, y que lo hizo sólo porque, siendo su familia amiga de la mía, no quiso dejar expuesto mi nombre á la vergüenza del desaire que me hacía el Marqués de Montemar.

Así, pues, no me sorprenderá que no me ame, ó que haya llegado á serle odioso este lazo que formó su delicadeza; pero quiero saber la verdad, toda la verdad.

Las almas fuertes como la mía prefieren el mal, por grande que sea, á la incertidumbre; porque una vez seguras de él, se resignan y vuelven sus miradas al cielo, al paso que la razón se siente sucumbir en las alternativas de esperanza y desesperación que se disputan la posesión de mi espíritu.

Tal vez he sido demasiado altiva con Camilo.

Pocos días después de su salida de mi lado, podía decirle con toda seguridad que era padre, y, sin embargo, le he rehusado esta dicha, sordamente irritada con mis celos—que entonces me designaban otra persona—y su abandono; he hecho más: he ocultado á todos mi estado, hasta á mi madre, para que no se lo participen.

Ayer mismo, al escribirle, quiso estampar muchas veces mi pluma la noticia feliz, y siempre se resistió á ello, porque temo volverle á ver, no por mí, sino por consideración á mi hijo.

¡Ah, qué triste cosa es tener un alma altiva y estar á la vez herida por una desgracia tan terrible como la mía! ¡Hay tantas cosas de que otras hubieran echado mano, y que yo no me resuelvo á decirle! ¡Yo no sé más que sufrir y morir en silencio, y, sin embargo, debo vivir para mi hijo, que ya pronto vendrá al mundo; que no podrá contar quizás más que con mi cariño!

Para colmo de pesares, mi madre, aún menos animosa que yo, se rinde al peso de su dolor al verme desgraciada, y mi hermana no me escribe, confirmando así las sospechas de que ha llenado mi ánimo esa infame carta.

¡Creer culpable á Mélida! ¡Ah, caballero! ¡yo no puedo explicar á usted lo que esto es para mí! ¡Desde que tenía yo dos años, que vino Mélida al mundo, no he tenido ni conocido otra cosa que yo amara tanto!

Juntas nos criamos y crecimos como dos flores

en el mismo arbusto: yo la cuidaba con tanta ternura, que hoy dudo pueda dedicar la misma á mis hijos; dábamos las mismas lecciones, y no bien creció algún tanto, era ella la que repasaba las mías y vencía para mí no pocas dificultades.

Creció en belleza y gracias, y yo me extasiaba mirándola: su carita, blanca y triste, tenía para mí misterios de talento y de bondad, que yo sola sabía comprender; amaba como pudiera hacerlo un adolescente; sus ojos azules, claros y serenos como la superficie de un lago profundo. Nada creía hacer bien si no merecía la aprobación de mi hermana. Se lo consultaba todo, y era una criatura que tenía para mí un reflejo de la Divinidad.

¡Y ella, cuánto me quería! ¡No, no es posible que me haya hecho traición! ¡No es posible que haya alentado culpables esperanzas en mi marido! ¡Me acuerdo de que una vez que mi madre, enojada conmigo, me envió á Barcelona á casa de mi tío, Mérida no cesó de interceder para que se me levantase el destierro!

¡Perdón, señor Duque! ¡Me dejó llevar de estas dulces memorias de la niñez! ¡Son tan gratas para mí en la funesta obscuridad que me cerca! ¡Hallo tanto consuelo en evocarlas!

Yo le conjuro, por lo que más ame, que me escriba pronto, y que, después de examinadas todas las cartas de Camilo, me diga cuál es el es-

tado de su corazón. Entre tanto, permítame que le dé gracias anticipadas y que me ofrezca su reconocida amiga y servidora,

CLARA, CONDESA DE PEÑAFIEL.

XXXII

Mérida á Clara.

C..., Julio de 18...

¡Soy madre, hermana mía! ¡Eres tú la primera persona á quien participo esta nueva tan feliz! Yo nada sabía hasta hoy, en que vino madre Catalina, estando yo recostada en el sofá de mi cuarto.

—¡Qué! ¿estás mala?—preguntó al verme.

—No está buena—respondió Bautista, que me miraba con tristeza.—Sin quejarse de nada, adelgaza y ha perdido el apetito.

Su madre se aproximó á mí, me interrogó acerca de lo que sentía, y luego exclamó abrazándome!

—¡Bendice á Dios, hija mía! ¡Bendícele, Juan! ¡Dentro de poco tendréis un hijo!

Yo la miré asombrada.

—Sí—prosiguió ella.—hace ya cinco meses que tengo sospechas de que estás encinta, Méli-

da, porque te estoy observando; pero tu delgadez, y al mismo tiempo la circunstancia de haber crecido, y no poco, desde tu matrimonio, me hacían dudar. Hoy ya tengo la certeza: dentro de dos meses tendrás un hijo.

Ya puedes suponer, hermana mía, lo que me habrá alegrado esta noticia, y lo mismo que á mí ha alegrado á todos. Bautista no sabe qué hacerse conmigo: se le figura que el aire me hace daño. A la verdad, mi estado desde hace cinco ó seis días es deplorable: una languidez inexplicable enerva mis fuerzas y agota todo mi valor.

Clara, ¿me moriré antes de dar á luz á mi hijo? ¡No lo permita Dios! ¡Pueda él vivir, aunque yo fallezca después!

Disimulo cuanto puedo mi malestar, y durante el rato que está Bautista en casa, saco fuerzas de flaqueza para no alarmarle. Además, temo mucho que al verme tan débil y abatida, sus padres y él mismo se empeñen en llevarme á Urrea, y él pierda sus estudios. Una cosa desearía, y es que vinieras á mi lado durante algún tiempo. Una vez que Camilo está fuera, ven tú y sacrifícame el placer de tu excursión de verano. La estación se halla ya tan avanzada, que no creo que sea para tí una gran violencia el no ir á las orillas del mar.

¡Qué alegría tendría en verte, y en ver también á nuestra madre! ¡Desde que sufro, anhelo más el ver á todos los que amo! Siento este enervamiento que me priva de entregarme á mi natural acti-

vidad, y, sin embargo, soy feliz pensando en la venida de mi hijo, y mis horas de quietud forzosa se pasan reflexionando en su porvenir. ¿Cómo habré yo tenido tan cerca la dicha de ser madre sin haberlo sospechado siquiera? Esto es lo que me admira; pero mi extremada juventud é inexperiencia me explican esta ignorancia.

A no ser por el abatimiento que me ha acometido cuando me sentía más tranquila y más feliz, no tendría nada que pedir al cielo. Bautista crece cada día en talento, y su educación se ha hecho tan perfecta, que esperó la admires tú, que eres la distinción misma, en el próximo invierno en tu salón. Estudia asiduamente, y creo que en el poco tiempo que ha estudiado este año, ganará el curso; el año que viene dice él que ganará dos. De esta suerte acabará tan pronto su carrera, que antes de dos años tendrá su bufete abierto en esta pequeña y tranquila ciudad.

—He aquí—me decía el otro día abrazándome, —he aquí la ventaja de casarse muy jóvenes, Mérida. Cuando lleguemos á la edad en que otros se unen con los lazos del matrimonio, ya tendremos una posición envidiable; cuando nuestro hijo empiece á hablar, ya podrá pronunciar el nombre de su padre, que será tal vez conocido. ¿No vale más que haya yo labrado el edificio de nuestra dicha estando á tu lado que estando solo? Pero ¿qué digo? A no haberme casado contigo, yo no hubiera pensado nunca en salir de mi aldea: hubiera

sido un obscuro labrador, y hubiera muerto consumido por esas dolorosas aspiraciones, por esos delirios ocultos á que se da el nombre de sueños de ambición, y que nadie compadece.

Bautista tiene razón: creo que ha sido un bien para los dos el habernos hallado en el mundo y el haber unido nuestros destinos. Nos amamos tiernamente, y en cuanto á nuestra casita, es un verdadero *nido*, bañado por el sol de la felicidad.

Nuestra modesta existencia es igual, pero no monótona ó triste. Trabajamos, yo en mi cuartito, al lado de mi ventana, llena de macetas de flores y entoldada por dos enredaderas; Bautista en su aposento, inclinado sobre sus libros de estudio. Algunas veces tomo mi labor y me voy con él. El deja su ocupación por algunos instantes y se viene á mi lado. Hablamos un rato, y luego se vuelve á sus libros, más animado y más contento.

Por la tarde, Honoria y nosotros dos vamos á dar un paseo por el campo, y á la vuelta buscamos alguna casa muy pobre, de la que ya tenemos informes, y entramos para dejar alguna limosna.

Las veladas las pasamos en nuestro saloncito, abierto, fresco y alumbrado por dos quinqués colocados sobre dos mesas, que despiden una luz tibia y suave, y van á quebrar sus débiles rayos en un hermoso ramo de flores frescas que ocupa el centro de un velador.

Algunas personas de modesta posición que no

han podido abandonar la ciudad por la campiña ó los baños, vienen á hacernos compañía. Entre ellas hay una joven de mucho mérito, de la que te hablaré otro día.

Si á todo esto agrego las esperanzas de mi maternidad, yo podía llamarme muy dichosa; sin embargo, esta extraña dolencia, este malestar perenne, me alarman y me entristecen.

Honorita habla ya de volver á Madrid, á pesar de su deseo de permanecer á mi lado, y yo comprendo que hace falta al frente de sus niñas. Apenas espero poderla detener algunos días. Ven tú, Clara, y que te acompañe nuestra madre. Creo que entonces me aliviaré, y que yo no tendré que pedir al cielo nada para mi dicha.

MÉLIDA.

XXXIII

El Duque de Richeville á la Condesa de Peñafiel.

París, Agosto de 18...

He recibido, señora Condesa, la de usted, y me apresuro á contestarla, dándole ante todo mil gracias por la confianza con que me honra.

No se deje usted abatir por el dolor: el mal no

es irremediable. Camilo ama á usted, hace justicia á todas las bellas cualidades del corazón y del carácter de su esposa, y sabe estimarlas en lo que valen.

Y luego, ¿no espera usted una curación radical de esa dolencia de ánimo que le aflige, cuando sepa que es padre?

Para un hombre como Camilo, esa debe ser la mayor dicha de la tierra, ó yo, que estoy acostumbrado á leer en los más recónditos pliegues de su corazón, le conozco muy mal.

Buena y noble amiga mía (permítame usted este nombre), usted merece ser dichosa, y lo será. Dios siempre es justo, y no sería con usted con quien dejase de ser bondadoso y paternal.

Ya le envía á usted un consuelo en su próxima maternidad; y aunque Camilo no fuese jamás para usted lo que tiene derecho á esperar, su hijo le servirá de supremo consuelo.

En cuanto á esa infame criatura, autora de la vil carta cuya copia me adjunta, no sé qué castigo merece. Menos culpable la hallaría haciéndole á usted traición por su propia cuenta, que hiriéndola en sus dos afectos más nobles y puros: en su cariño fraternal y en su amor de esposa. Aunque de usted esté celosa por amor á Camilo, ¿qué le ha hecho la inocente Mérida para que así la robe el cariño de usted, para que así la haga odiosa á su hermana?

¡Oh, qué iniquidad! ¿No habrá, pues, para esas

criaturas nada sagrado, nada que no envenenen con su hálito ponzoñoso? ¿Será verdad que haya mujeres que nada amen sino la satisfacción de sus pasiones y de su feroz orgullo?

Pero, ella amará un día ú otro, y Dios la herirá en ese amor. Sí: el castigo de esas naturalezas rebeldes y dominadas por sus ruines pasiones, llega aun antes de pasar á otra vida.

Por lo que toca á Camilo, es preferible él, aunque extraviado, á todos los demás hombres que cumplen con rutinaria frialdad sus deberes. A usted, Condesa, á la que profeso tanto respeto como simpatía, puedo hablar con una franqueza que no usaría quizá con ninguna otra mujer. Sea usted siempre algo para Camilo: si pierde algún día la esperanza (¡y no lo quiera Dios!) de ser su amante y su esposa querida, sea su hermana, su amiga, su compañera. Saque usted fuerzas de su raciocinio, y dígame que es más bello y más honroso ese destino que el de dejarse seducir por adoradores vulgares que sólo proporcionan el encanto de una miserable y común venganza.

Voy á decir á usted algo de mi vida, porque ya que me ha honrado usted con su confianza, no quiero que ésta me falte jamás; y para empeñarla á que me la siga dispensando, voy á pagarla con la mía. Tal vez lo que voy á decirle sirva de útil lección á su inexperiencia, aunque sea en mí un exceso de vanidad el pensarlo así.

Me casé á los veinticuatro años con una her-

mosa joven de diez y ocho: ella era rica, yo era opulento; ella me amaba, yo la adoraba con ceguera. Se llamaba Isaura, y jamás un semblante más precioso ha respondido á un nombre más bello.

Pronto perdí, á los ojos de aquella criatura débil y caprichosa, el encanto de la novedad; su talento era escaso; su imaginación viva, tal vez en demasía: fatal conjunto del que salen todas las mujeres culpables.

El hastío ocupó en ella el lugar del amor; empezó á ponerse displicente, y luego triste; en una palabra, se cansó de mí; y como por desgracia era rica, se la había acostumbrado desde la cuna á la más completa ociosidad, y con nada podía entretener su tedio más que con los delirios de su imaginación, que no pudiendo estar enfrenados por un talento grave y profundo y por una razón sólida y un tanto fría, tomaban cada día un carácter más peligroso y alarmante.

Descuidó su belleza, y se hizo de repente devota sin convicción. ¡Ay! buscaba en una nueva quimera la misma felicidad que tenía á su lado. Dejaba lo positivo por un sueño, el más culpable de todos, pues con él quería engañar á ese Dios que prescribe como primera virtud la humildad, y como única perfección la paciencia.

Cansóse de los alardes de una devoción que no sentía, y de la que se burlaban sus amigas; y siguiendo los pérfidos consejos de éstas, la pobre

Isaura buscó en frívolos galanteos un amor que en mí había rehusado, y que sólo yo podía darle completo y lleno de abnegación.

¡Qué indigna turba de hombres pervertidos la rodeó! ¡Cómo la infeliz creía haber hallado su dicha cuando estaba más lejos de ella, cuando rompía los santos lazos que la unían á mí!

Sus locuras no me arrancaron una sola palabra ni una mirada de indignación; pero sí muchas lágrimas de dolor, vertidas menos á mi sonrojo que á la pérdida de mis ilusiones. Al ver aquel hermoso rostro que se ajaba en medio de las estúpidas fiestas del gran mundo; al ver aquella delicada flor que huía del tibio invernadero de mi amor para morir en el frío de los pantanos, lágrimas acudían á mis ojos, y con lágrimas despedí el resto de mi fatal pasión por aquella mujer, que no la merecía.

Quise hacerla viajar conmigo, para despertar su alma, para infiltrar en ella el sentimiento de lo bello, pero lloró, gritó y me llamó tirano.

Cuando le preguntaban que por qué no me amaba, respondía:

—Es demasiado grave para mí; además, ¡fastidia tanto un marido! A los seis meses de casadas, todas las mujeres de buen tono hacen la vida á su gusto y viven como divorciadas de sus esposos.

Los bailes, los paseos, la molición, la fatiga de las continuas fiestas, abrieron la tumba de Isaura: la desdichada murió antes de cumplir los vein-

te años; la lloré sinceramente. ¡Ah, señora! Era digna de lástima, porque murió sin haber conocido el amor correspondido y feliz.

Porque ¡qué tiene que ver el amor con las insulsas adulaciones de que los pisaverdes de salón rodean á las mujeres! ¡Qué hay de común entre un sentimiento, más silencioso cuanto más profundo, con la insípida charla de los galanteadores de oficio! ¡Pobre Isaura! ¡Sólo cuando ya el frío de la muerte había helado la voz en sus labios, vi en sus ojos, al fijarse en los míos, la triste luz del arrepentimiento!.....

Desde entonces, Condesa, he temido al amor, y puedo decir á usted con profunda convicción: sólo las mujeres vulgares son las que distraen las penas de su matrimonio con la satisfacción de pueriles vanidades. La que está unida con eternos lazos á un hombre como Camilo, tiene bastante parte de dicha, si no para desafiar, al menos para soportar todos los dolores de la tierra.

Para que usted vea el estado del corazón de Camilo, adjunto á usted, Condesa, su última carta dirigida á mí. Eche usted sobre ella una mirada firme, y verá que, aunque está herido, desea curarse. Dejémosle que venga, y es bien seguro que en breve tiempo se decidirá á llamar á usted.

¡Valor, señora! Tiene usted un esposo noble y honrado, una tierna madre, una amorosa herma-

na, un amigo fiel, y la esperanza de ser madre. Aún puede decir, elevando al cielo sus ojos: ¡Bendito sea Dios!

EL DUQUE DE RICHEVILLE.

XXXIV

El Marqués de Montemar á la Marquesa.

Madrid, Agosto de 18...

Ya es tiempo, señora, de que vuelva usted al lado de su marido, y á su casa; ya es tiempo de que deje esa existencia errante y romántica; ya es tiempo, en fin, de que guarde el decoro que debe á mi nombre, que tanto ha honrado siempre mi noble madre.

A la verdad, jamás había pensado que, al casarse conmigo, su única idea era la de conseguir una completa libertad, hacer su gusto, extravagante siempre, y saltar por todas las conveniencias sociales. Por aquí se habla de no sé qué intriga que usted sostiene, y que se divide en dos partes, de muy mal gusto entrambas: se dice que está usted enamorada del Conde de Peñafiel, que él lo está de usted y que se han dado cita en esas soledades; y también que usted ha escrito á la Condesa no sé qué carta espantosa, que le ha hecho mucho daño;

tanto, que desde que la recibió está enferma de grande peligro.

Y bien: ¿qué significan esos pequeños desórdenes con sus puntas de románticos, y en los que tan desairado papel se me reserva?

Desde luego advierto á usted dos cosas: primera, que en toda especie de galanteos debe cuidarse ante todo de que yo no los entienda; y segunda, que exijo de usted que respete el decoro y sosiego de Clara, á la que estimo como á una noble amiga y como á la hija de los mejores amigos de mis padres.

No sé, en verdad, explicarme la debilidad que me aconsejó permitir el viaje de usted á ese país. A mi lado está su sitio, y de mi lado no se debe separar nunca. Lo que sería pasable después de seis años de matrimonio, es ridículo á los ocho meses. Una tan pronta separación sólo puede efectuarse, sin que choque, cuando tiene lugar un matrimonio de conveniencia; y ya sabe usted que yo no hallé ninguna al unirme á usted, y que me debe más consideraciones y gratitud que otras mujeres á sus esposos.

No me agradan los idilios pastoriles ni los amores silenciosos; y así, apresúrese usted á dejar *esos bosques y esas auras* para venir á presidir mi salón, que quiero abrir en el próximo invierno, y que necesita algunas reparaciones.

Aquí se puede usted entregar también á sus accesos de sentimentalismo.

Aquí puede usted tener también adoradores; pero á mi vista, y sabiendo yo lo que sucede y que no estoy en ridículo.

Además, señora, me fastidio solo, y necesito de usted para que me acompañe durante las veladas, que ya van siendo largas.

Por otra parte, es en usted un deber acompañar á mi buena madre; á mi madre, á quien tanto costó admitirla por hija, y que, sin embargo, con esa santa y cristiana abnegación que forma el fondo de su noble carácter, como á tal la ha mirado desde que salió del templo con mi nombre.

Ella la necesita á usted, porque á causa de una dolencia, que se apoya sin duda en el disgusto de mi casamiento, no puede ocuparse de ninguno de los pormenores del gobierno de su casa, que ahora debe usted atender.

No espere usted, pues, á que lá reitere mi orden de venir y á que vuelva á recordarle que la espera

CÉSAR.

XXXV

Clara á Mérida.

Madrid, Agosto de 18...

¡Qué horrible carta he recibido, Mérida!
 ¡Quería ocultártelo, y hasta durante algunos días he alimentado hacia ti un odio amargo y profundo! Esa carta que abría en mi alma tan sangrienta herida, ese funesto escrito declamaba contra ti á gritos, que resonaban en el fondo de mi cerebro y me volvían loca.

Sé que nuestra madre te ha dirigido una copia de esa carta horrible; yo te envió la carta original: guárdala ó rómpela. Esa carta acusa á Camilo y á ti, ó mejor dicho, es un puñal que pugna sin cesar por arrancar de mi corazón el tierno amor que os tengo á entrambos.

Pero yo no quiero dejar de amaros. Mérida: sólo cuando haya cerrado mis ojos la muerte, dejaré de idolatrar á Camilo y de profesarte á ti el apasionado cariño que te he consagrado siempre. Yo no puedo expresar cuánto ansiaba y temía tu primera carta: sin haber sospechado por un instante que me hicieras traición con mi marido, temía que el amor de éste hallase eco en tu alma

tierna, inocente y elevada, y que fueses, si no culpable, muy desgraciada al menos. Puedes, pues, suponer el júbilo que habré sentido al leer las primeras palabras de tu carta: «¡soy madre!» Tu gran talento ha sabido comprender que esto lo purifica todo.

Yo también lo soy, hermana mía: nuestros hijos verán la luz con poco tiempo de diferencia. ¡Ojalá podamos unirlos, ya con los lazos de la más tierna amistad, ya con los del más acendrado amor! Si yo tuviese un varón, me volvería loca de alegría; pero tú quizás desearás una niña, porque tu corazón es más tierno y más propio para educar una criatura dulce y débil como tú.

Ya el agudo dolor que me atormentaba ha pasado como una negra nube á través del cielo encapotado; percibo algunos pedazos de puro y sereno azul. Hace pocos días escribí al mejor amigo de Camilo, al Duque de Richeville, á fin de que me informase del estado de ánimo de mi marido, que él puede conocer fácilmente por sus cartas, pues le escribe con el mayor abandono y la más completa confianza. Su carta me ha sido tan benéfica y consoladora, que ya mi espíritu ha sacudido la fatiga que le agobiaba y vuela por las plácidas regiones de la esperanza.

Pero no ha sido inútil para mí la crisis dolorosa que estoy atravesando. Un grave é imprevisto pesar doma el carácter, á la manera que el freno doma un caballo fogoso; pasadas las horas de fie-

bre y extravió, la vida es más bella, y con las realidades del dolor se olvidan los sueños ambiciosos y las tristezas imaginarias.

Hermana mía, yo quiero que seas siempre mi amiga: sólo á ti quiero contar mis dolores, mis temores para el porvenir, así como mis esperanzas; porque tú, Mélida, eres la sola amiga digna de mí, y esta confianza puedo hacerla á tu superior talento sin que te burles de ella. Te lo confieso: estas mujeres ociosas, frívolas, ridiculamente petulantes, son, á mis ojos, muy pequeñas y muy indignas de mi amistad; así al menos me lo parecen, y siempre ocultaré á sus ojos con el mayor cuidado mis impresiones.

Sin cesar viene á mi mente la misma idea cuando hago comparaciones entre tú y las demás mujeres que conozco. ¡Por qué no te has casado cerca de mí! ¡Ah, si te hubiera conocido el Duque de Richeville! ¡Qué hombre tan noble, tan grave, tan dulce, tan grande, en fin, y qué desgraciado ha sido! ¡Cómo te hubiera amado, y qué dignos érais el uno del otro! ¡Qué linda, qué adorable Duquesa hubieras hecho! ¡Mi pobre niña, tú caíste en el primer lazo que te tendieron, y por desgracia de nuestra madre y por la mía te separaron de nosotras!

De propósito he dejado para acabar esta carta el hablarte de una cosa que me incomoda y me irrita. César no deja de perseguirme con sus galanterías: como ya hace más de un mes que estoy

enferma y que apenas me levanto dos horas al día, no recibo á nadie; pero cada noche, al entrar el lacayo de la antesala las tarjetas que han llegado durante el día, hallo la suya. Ayer, mamá, que desde que Camilo se marchó vive conmigo, se empeñó en llevarme hasta el mirador de cristales de mi cuarto para que me sentase allí en un sillón. Enfrente vi á César, que estaba mirando la casa atentamente. Mamá le vió también; y aunque no me dijo nada, hizo un gesto de indignación y de desprecio, y me dió un libro para distraerme y á fin de que no le mirase; precaución innecesaria, pues al instante olvidé que se hallaba allí.

Hago punto final, porque me hallo muy fatigada; he estado y aún estoy muy enferma. Si no fuese porque espero á Camilo, á quien he escrito, me iría á tu lado á restablecerme; pero le espero á él y tú comprenderás lo que esto es para mí.

Escríbeme y perdona á tu amante

CLARA.

XXXVI

Camilo á Clara.

Urrea, Septiembre de 18...

Tu carta me ha conmovido dulcemente, amada mía; y me ha conmovido tanto, que me he acusado severamente porque no te he escrito con la frecuencia que debía.

Pero tú me perdonarás: eres buena, eres mejor que yo; he atravesado una de esas crisis raras en la vida del hombre, y que ha sido por eso terrible para mí. Yo, Clara, me asemejo poco á los demás; mi ánimo se enferma algunas veces sin gran causa; la melancolía me abrumba, y me quedo sumergido en una triste quietud, que sacudo al fin para emprender algún trabajo largo y asiduo, de esos que tú tienes la bondad de llamar obras de un gran genio.

Tu dulce carta ha sido ahora el rayo de luz que ha aclarado las tinieblas que me envolvían. Voy por algunos días á París al lado de Octavio, y luego te llamaré desde allí, ó iré yo mismo á buscarte. Ya es hora, mi amada Clara, de que te compense los días de mi compañía que te he quitado: lo más seguro será que vaya á buscarte, para que tú mis-

ma me enseñes tu cuadro y para que hagas el viaje conmigo. ¿Qué será? Esta pregunta me la hago cada día muchas veces: yo me figuro que es un retrato, puesto que me hablas de dos hermosos ojos negros. ¿Será el de tu madre? ¿el de tu padre quizá? ¿el mío? A esta última pregunta estoy seguro de que te sonreirás y que dirás: «¡Qué vanidoso!»

Pero tú, Clara mía, has hallado muchas veces buenos mis ojos, ó á lo menos de tu gusto. Si hubiera de encaminar mis conjeturas por lo que me dices de que estás iluminando los dos ojos más hermosos del mundo, creería que estabas haciendo tu propio retrato; ¡pero no! Entonces tu modestia no te permitiría alabarlos con esa franqueza, aunque tú sabes, porque los ves y porque yo te lo he dicho mil veces, que son adorables.

No te engañas, querida mía, al pensar que mi amor propio se halagará de que sobresalgas en una de las bellas artes, á las que rindo tan extremo cariño y un culto tan apasionado: esto no es decir que no te amase también con todo mi corazón aunque fueras la más vulgar de las mujeres en punto de habilidades, es decir, aunque no tuvieras ninguna: bastábame que supieras amar, sentir, que fueras religiosa y buena; porque mi opinión acerca de la mujer es tan alta y tan contraria á la que tiene la generalidad de los hombres, que no hay ninguna á mis ojos que no sea digna de ser estimada y protegida.

Sin embargo, callandito y acercando mis labios á tu pequeña oreja tan fina y tan rosada, te voy á hacer una confesión.

No hay hombre en cuyo amor no entre por mucho la vanidad, y el amor más durable es aquel de que puede hacer alarde á los ojos del mundo: una pasión dedicada á una mujer obscura ó vulgar suele ser de poca duración; pero las que son inspiradas por un gran talento, si éste está adornado con las bellas cualidades del alma, suelen ser eternas, porque el hombre, para variar de afecciones, es lento, y si piensa y siente á su vez, sólo varía cuando gana, á su parecer, en el cambio.

Un marido, cuando su esposa vale mucho, es envidiado; y tal es la pequeñez del corazón humano, que hasta los hombres gustan de poseer lo que causa envidia; su orgullo se satisface con decir: «¿Veis esta mujer cuyo talento reconoce y admira el mundo entero? ¡Pues es mía!»

Y bien, Clara, yo espero un día ú otro la dicha de ser padre; y aparte de la satisfacción de mi orgullo, seré muy feliz si puedo decir á mis hijos, al mostrarles una creación sublime de tu talento: «Esto es obra de vuestra madre; se ha distinguido de la vulgaridad, así por sus virtudes como por su genio.»

Desde París te llevaré á Italia, para que te inspires en las grandes obras de Rafael de Urbino, del Ticiano y de Pablo el Veronés; nada perdonaré para abrir las alas á tu genio, si es que lo tienes.

Tal es la obligación sagrada del padre, del esposo; emplear todas sus fuerzas para conservar el fuego santo que Dios ha depositado en el alma débil de la mujer que le ha sido confiada; yo cumpliré con ese deber, tan grato para mi corazón.

Tardaré aún cuatro ó seis días hasta ponerme en camino: mi salud se ha resentido profundamente del estado de mi espíritu. Clara, yo quisiera que tú pudieras ser hoy mi amiga; pero aún eres una niña; el apasionado amor que me tienes está lleno de ilusiones, y tus ojos, velados con el santo cendal del candor, no pueden ver las llagas que hay en este corazón, envejecido por una vida tanto más larga cuanto más he pensado y cuanto más me he entregado á hondas y profundas cavilaciones; pero el día que seas madre, tus pensamientos adquirirán más gravedad, y tu alma altiva más indulgencia; entonces verás que soy un peregrino que ha caminado mucho, y al que han herido, arrojándole lodo y piedras, los mismos á quienes él había llenado de beneficios; también los indiferentes me han hostigado y me han hecho sufrir: al ver que no me quería mezclar al festín de la vida, me miraban rencorosos y se decían:

—¿Quién es ese que sigue su camino silencioso y que así protesta de nuestros vicios? Arrojámosle de aquí, y que no se acerque siquiera á nuestra vía.

Clara, muy triste es haber nacido algo más elevado que los otros, y ver claro donde la multitud

nada distingue; mas yo me apoyaré en ti; reclinare sobre este corazón herido, pero noble, tu hermosa y juvenil cabeza; juntos haremos el largo camino de la vida: así Dios me la prolongue hasta dejarte rodeada de tranquilidad y de una modesta abundancia, madre feliz y respetada, y mujer gloriosa por tu talento. ¡Con qué júbilo iría entonces á buscar el eterno descanso y á esperarte junto al seno de Dios! Yo habría cumplido una bella misión sobre la tierra: la de ser esposo y padre, tal como Dios manda serlo y como yo lo comprendo.

CAMILO.

XXXVII

Octavio á Camilo.

París, Septiembre de 18...

Búscame una esposa como la que el cielo te ha deparado, Camilo, y me casaré en seguida que la memoria de Isaura pueda borrarse de mi corazón.

Tu mujer todo lo sabe. Adjunta es la copia de una carta que la dirigió la infame Valentina, y que ella me ha remitido: desde que la recibió—y la fecha te dirá que ya hace tiempo,—¡cuánto debe haber sufrido la desventurada Clara!

Y, sin embargo, todo lo ha callado, todo te lo ha ocultado, y ni una queja ha estampado su pluma: ¡qué sublime virtud!

Si Mélida es un ángel, su hermana es una santa; aquélla hubiera muerto al recibir ese terrible golpe; la naturaleza de su hermana es más fuerte, pero quizá haya sufrido más; sí, para Clara hubiera sido mejor morir.

Eres padre, Camilo: aunque ninguna otra felicidad te sonría á lo lejos, ya tienes bastante para distraerte de esas locas quimeras que te preocupan y te alejan de tu esposa.

Clara me escribe interrogándome acerca del estado de tu corazón, *á mí que soy tu mejor amigo*. ¡Pobre niña! ¡Qué sola debe verse en medio de su dolor, cuando, siendo tan altiva, escribe á un extraño como soy yo para ella!

En nombre de su hijo, me suplica que le diga la verdad, *¡toda la verdad!*

No te envío su carta, porque no eres digno de ella en tanto no vuelas á su lado. No vengas aquí más que con Clara; solo no quiero recibirla.

Yo la he aconsejado, Camilo, que te atraiga por medio de la dulzura: acaso por esto te ha escrito la carta de que me hablas, porque la desgraciada criatura sólo desea un buen consejo para seguirlo.

Sin duda no se atreve á pedirselo á su madre, tan afligida como ella; ni á su hermana, en cuyo talento tanto ha confiado otras veces, porque

una de las más horribles consecuencias de esa carta es haberla hecho perder la fe que tenía en Mélida, á la que tal vez durante algún tiempo ha juzgado cómplice tuya. Tienes razón: Clara, escribiéndote con dulzura y con cariño en la ocasión presente, es verdaderamente grande.

¡Qué horribles males puede causar la envidia de una mujer!

Pero yo he de ser quien castigue á Valentina. He de tener siempre sobre el rostro para ella mi máscara de libertino y calavera; la he de perseguir con mis galanterías, á las que volverá á corresponder por vanidad; la he de comprometer á los ojos de todos, para librarme de ella después.

¿Y qué, no lo merece? Los asesinos morales, ¿no merecen también un castigo moral? Tú mismo se lo darás, porque esa mujer está locamente enamorada de ti.

¡Terrible desgracia de las naturalezas depravadas es el apasionarse siempre de lo que es noble, austero y bueno!

Jamás Valentina amaré á nadie más que á ti; y cuanto más te vea buen esposo y buen padre, tanto más te amaré.

Lástima es que tú no tuvieras humor para fingir corresponder á sus delirios y dejarla expuesta á la befa de sus compañeras de intrigas.

Pero esto no es posible: el día que te hagas superior á esta noble dolencia, volverás á tus de-

beres y habrás cerrado para siempre el capítulo de tus devaneos.

Yo seré el que me declare su adorador y me burle de ella después.

¿Por qué se quejan de los hombres las mujeres como Valentina? Ellas son las que se rebajan á nuestros ojos, con la depravación de sus inclinaciones, con su afán de turbar la paz de las familias, con sus insolentes coqueterías, con sus intrigas, en una palabra.

¿Y á qué conducen todos sus esfuerzos?

¡Desgraciadas! ¡A divertirnos durante algunos meses, y á que las mostremos como objetos de lujo á los ojos de nuestros amigos!

Mi vida en este París, que llaman loco, se pasa de una manera uniforme y casi desagradable; porque la principal ventaja que Francia lleva á España es la de saber que el tiempo es oro, y la de tener el talento de saberlo aprovechar.

Aquí todos trabajan las primeras horas de la mañana: hasta esa clase opulenta que se llama aristocracia, que nada hace en ninguna parte del mundo, ni de ninguna manera es conocida. Los nobles se aplican al mejor aumento de sus fincas, porque dicen, y tienen razón, que lo que á sus padres costaba cien francos cuesta ahora mil, y que para que los hijos tengan alguna fortuna, los padres deben y tienen que trabajar mucho: así, el noble es industrial, y pone en las botellas de sus vinos su nombre, no sólo sin rubor, sino hasta

con orgullo; hay quien se dedica al mejoramiento de los conejos y de las aves; el que posee algún talento para las artes—y aquí hay muchos que lo poseen,—se dedica también á su explotación, y en casa de los libreros editores, y en las Exposiciones de pintura, se ven volúmenes y cuadros firmados por Condes y Marqueses; en una palabra: aquí lo vergonzoso, ó más bien lo necio, es la holganza; cada uno se gana su lujo, sus placeres, sus derroches, ó su bienestar y su abundancia. ¿Por qué no comprendemos esto? ¡Ah! porque, como sólo somos serviles imitadores, copiamos únicamente el mal, los vicios, las locuras y las exageraciones.

Vente aquí con Clara durante algún tiempo; aquí olvidarás ese rincón del mundo, al que se ha apegado tu corazón como la ostra á la roca; el alma fuerte de Clara, ese alma heroica, pues así puedo llamarla después de su valeroso silencio para contigo acerca de la traición de Valentina, merece que la esmaltemos con todos los primores del buen gusto, que es aquí perfecto y que se aspira por todos los poros: aquí nacerá vuestro hijo; yo seré quien le tenga en la pila del Bautismo; yo seré feliz con vuestra dicha, ya que ahora no espere ninguna para mí, pues no hay muchas mujeres como Clara y como su hermana.

¡Qué dos seres tan opuestos y tan encantadores! ¡y cómo demuestran ambos hasta qué punto la mujer puede ser sublime y adorable! La una suave, dulce, inocente, modesta, y como contrapeso de

estas débiles virtudes, dotada de tan enérgica fuerza de raciocinio y de fortaleza; porque, según dices, el corazón de Mélida está bajo tu mano, como puede estar bajo la mano de un niño la blanca é inocente mariposilla: tal vez antes este corazón se haría pedazos contra su cárcel que se rindiera á tu amor.

Clara, fiera al parecer, altiva, y, sin embargo, dotada de tan generosa dulzura y de tal nobleza en el perdón. No sé qué admirar más en ellas, si el fondo ó la forma; y las creo á entrambas dos criaturas que bien pueden servir de modelos para su sexo.

¿Hubieran sido lo mismo las dos hijas de la Condesa de Campoverde con otra madre?

Ciertamente que no.

Niña de doce años conozco yo, no aquí, sino en Madrid, que habla ya de modas y de amores, como si en el mundo no tuviera otros deberes que llenar que los de vestirse y lanzar á sus adoradores lánguidas ojeadas.

Y es que cada día asisten al tocador de sus madres, y allí toman rudimentos que después completan en el salón.

Nada se les enseña, ni de religión, ni de moral, ni de economía, ni de ninguna de las modestas virtudes tan precisas en el hogar doméstico y que tanto le embellecen.

¿Qué serán mañana esas niñas?
Otras tantas Valentinas.